

Pasado compuesto
François-Marie Banier

Posfacio de Louis Aragon
Traducción de Luis Blat

Título de la edición original: *Le passé composé*

Primera edición en Libros del Silencio: octubre de 2010

© Éditions Bernard Grasset, 1971

© de la traducción, Luis Blat Mellado, 2010

© del posfacio, sucesores de Louis Aragon, 1971, 2010

© de la traducción del posfacio, David Cauquil, 2010

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2010]

Provença, 225, entresuelo 3.^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño de colección: Nora Grosse, Enric Jardí

ISBN: 978-84-937856-0-4

Depósito legal: B-33.745-2010

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Omblyne Salvy

I

Ella se había levantado de la mesa. A la señora Lasserre le venían bocanadas de Olivier como a uno le vienen bocanadas de calor. Necesitaba respirar. El señor Lasserre miraba la silla vacía. Su mujer, también ella, podría no regresar nunca. Los podría dejar, sin más. Y ellos se quedarían ahí esperándola, los cinco, silenciosos como esta noche.

Cécile no ha advertido la marcha de su madre. La mirada perdida. Ausente, pero no del todo. Piensa en cosas sencillas, como si fuese muy tonta. Preferiría no pensar en nada, pero su espíritu se niega. Todo le recuerda a su hermano, incluso esas velas plantadas en los gruesos candelabros de plata. Olivier habría preguntado, pensativo, sin dejar de burlarse: «¿Adónde va a parar la cera, mamá?».

Mamá está en su habitación. Mira la foto de Olivier. El rostro de Olivier está entre sus manos. Como aquellas mañanas en las que iba a despertarlo. Lo abraza. Igual que lo abrazaba. Abajo la esperan. Deposita a su hijo sobre la chimenea. Más tarde, después del teatro, volverá. Abajo la esperan.

Antes de abandonar la habitación, va hacia la cómoda. La coartada. Abre un cajón, saca una caja. Ésta no es. Coge un fular, lo mira y lo deja. Sus manos vuelven al cajón. Encuentran la caja, la caja verde de su collar. Es un collar Carlos X con esmeraldas. Olivier había dicho: «Habría querido regalártelo».

Abajo tampoco están para bromas. La señora Blanche habla alto. El doctor Blanche consulta su reloj. Los Blanche, en ese instante, no se sienten inútiles.

En el comedor, como en toda la casa, cada objeto tiene su historia. Una historia que Olivier ha inventado. Una mitología al completo. La araña del techo perteneció a Lord Byron, la tapicería es el Campo de Tela de Oro, y el papel pintado de imitación de mármol, las venas de toda la familia. Una geografía en la que nada se ha movido. Nadie se ha atrevido.

La señora Lasserre acaba de volver a sentarse. Sonríe ampliamente, como si una sonrisa bastase para borrar la pena que acaba de reavivarse en ella. También ha

notado, a su alrededor, un malestar. Pide al servicio que se apremie. Tienen prisa, van al teatro. François hace un cumplido a la señora Lasserre. El salmón da otra vuelta a la mesa. El señor Lasserre mira a Cécile. Cécile tiene calor. Es cierto, hace calor. El doctor Blanche apura su vaso, entorna los ojos detrás de sus gafas, está satisfecho. Posa su mano sobre la de la señora Lasserre:

—Tenemos tiempo de sobra, el espectáculo no empieza hasta las nueve.

La señora Lasserre, con su vestido negro y su collar Carlos X, no contesta. Retira su mano. Suena el teléfono.

Es para el señor de Chevigny. François sale. La señora Blanche dice:

—Este muchacho es asombroso. Sabe de todo.

Luego calla. No dirá que Cécile es afortunada. Hoy no se tercia una frase así. Un suspiro.

Cécile clava la mirada en la alfombra: una pelea de gallos. Olivier venía aquí a merendar un trozo de pan y una tableta de chocolate. Aquí leía tebeos, o no leía. Empujaba con el dedo las migas de la merienda de un gallo a otro. Venían a buscarlo. Pero él prefería los gallos. También era sobre esta alfombra donde, a veces, escribía en su diario, ese diario que había mantenido en secreto, ese diario al que Cécile, a menudo, volverá.

François está de vuelta. Se inclina al oído del señor Lasserre, que sonrío. La señora Lasserre insiste en que Cécile los acompañe al espectáculo. Cécile ha decidido quedarse. Se quedará. El doctor Blanche asiente, la señora Lasserre no dice nada más. François se ofrece para quedarse y hacerle compañía a Cécile. El doctor contesta:

—Cécile leerá un poco, y luego dormirá.

Cécile sonrío al doctor Blanche. Es verdad que la conoce bien. François, a su vez, mira al doctor Blanche. Gracias a él, irá al espectáculo.

François habla. Ha permanecido callado durante toda la cena, no por falta de interés, sino por pereza. Así pues, la perspectiva de quedarse con Cécile no le atraía mucho; ahora está aliviado, tiene ganas de reír. Ríe. ¿A qué se debe? ¿A la llamada de teléfono? ¿A la señora Blanche? ¿O es, sencillamente, una risa nerviosa? François habla. Habla por distraer, y también por educación. Pero ¿qué es lo que ha despertado a esa voz grave a la que toda la mesa, excepto Cécile, se aferra? Sus entonaciones son suaves, sus manos subrayan sus frases. Tiene unas manos bien bonitas, sabe usarlas.

La señora Blanche aprovecha un silencio.

—Todo lo que usted me cuenta me apasiona. También yo, en mi vida, me he sentido siempre atraída por

dos cosas: la música y la literatura. Como podrá imaginar, con el trabajo de mi marido poco me he podido entregar a la música. Me habría gustado tanto seguir a Wagner hasta Bayreuth. Nunca pude. No hay nada peor que el trabajo de médico. No nos libramos de ninguna gripe. La más nimia enfermedad nos afecta. Nos postra, nos pandemiza. ¡Bayreuth! Bayreuth es como Salzburgo. ¡Nada que ver con la sala Pleyel! Ahora bien, yo he visitado la Scala de Milán y el Augusteo de Roma. Mi marido me llevó a Italia, con ocasión de un congreso, pero la Scala sin espectáculo es como un marco sin cuadro.

El doctor Blanche, resignado, vigila a su mujer. Es capaz de seguir así durante horas. ¿En qué punto está?

—¿La filosofía? He conocido a algunos filósofos. Pues bien, querido, los filósofos, créame, no valen un pimiento. A mí los existencialistas no me van. Hábleme de Saint-Exupéry, ¡ése sí!

¡Aquí la tienen! Ésta es la señora Blanche. Ella es así, pero muy abnegada. Generalmente no habla. No es que se lo impidan, pero prefiere escuchar. Asiente, si se tercia. Hoy, ante François, se ha dejado llevar. Incluso se ha esforzado. ¡Una oportunidad de brillar!

Poco a poco el silencio regresa. Se acaba la cena. El señor Lasserre parece aliviado.

Contempla su casa. En cualquier caso, es una bonita casa. La había mandado construir al mismo tiempo que su imprenta. No le habría gustado vivir en ningún otro sitio que no fuese Neuilly. Neuilly Saint-James, se entiende. Aquí los Lasserre habían llevado una vida tranquila, eran la envidia de mucha gente. Los envidiaban porque estaban unidos.

El señor Lasserre temió durante largo tiempo que su casa no recobrase nunca el semblante de antaño. Hizo lo que pudo para combatir ese silencio en el que a punto estuvieron de recluirse. Como durante el verano pasado. Un verano terrible. Un otoño terrible. Y un silencio terrible. Un silencio que nada podía erosionar. Palabras entre sordos. Miradas de ojos vacíos. Habían conseguido librarse de aquello. Bastante bien librados. Habían llevado la misma vida que antes. Más o menos la misma. Gracias a François. La presencia de François. Esa presencia era esencial. El parecido de François y de Olivier. Hablaba un poco como él, con las manos. Algo inacabado. François era, tal vez, más fuerte, menos vulnerable, y había salvado a Cécile. Aparentemente, al menos.

El doctor Blanche mira una vez más su reloj. François se dirige hacia la señora Lasserre, que le ofrece su brazo. Ella abraza a Cécile, François abraza a Cécile, todos abrazan a Cécile.

Un desconocido llamado Banier

LOUIS ARAGON

Les Lettres Françaises, 2 de junio de 1971

Al salir de la première de James Brown en el Olympia, en septiembre del 1967, la lluvia obligó a la masa de espectadores a asaltar los taxis. Elsa¹ y yo estábamos en la acera, empapándonos, cuando un muchacho de veinte años como mucho, extremadamente cortés, me preguntó si accederíamos a acompañarlo en el coche de un amigo. Mientras nos dirigíamos a la calle de Varenne me puse a dormitar, sin dejar de percibir la vivacidad de la conversación que se había establecido

1. Elsa Triolet (1896-1970): esta escritora, nacida en Rusia, fue un activo miembro de la resistencia francesa durante la segunda guerra mundial, además de musa y esposa de Aragon. Es autora de más de una veintena de novelas, entre las que se pueden destacar las muy políticas *Le cheval blanc* (1943) y *Le premier accroc coûte 200 francs*, que recibió el Premio Goncourt en 1944. (N. del T.)

entre nuestro anfitrión y Elsa. Una vez en casa, me dijo que le había dado nuestro número de teléfono a aquel niño grande y que lo había invitado a visitarnos cuando quisiera, a fin de retomar aquella conversación a la que yo no había atendido.

Cuando a principios de este año Edmonde Charles-Roux² llevó a François-Marie Banier a cenar a mi casa, en un primer momento no reconocí en él al joven caballero, que tardó algún tiempo en identificarse, lamentando la timidez que le había impedido hacer uso del ofrecimiento. Ahora ha llegado el momento en el que, para más o menos todo el mundo, François-Marie ha tomado forma, y la conversación que mantenemos está ya compuesta por dos libros, *Les résidences secondaires* (Las residencias secundarias) el año pasado y *Pasado compuesto* éste, los cuales han generado diversidad de opiniones y despiertan ya suficientemente los celos para que tengamos ganas, al menos yo, de responder tanto a los envidiosos como a los torpes que quieren encerrar a este recién llegado en un círculo de leyendas e ideas preconcebidas, sin ver que tienen ante sus ojos

2. Edmonde Charles-Roux (1920): periodista y escritora francesa, autora, entre otras, de la novela *Olvidar Palermo* (1956), galardonada con el Premio Goncourt y adaptada a la gran pantalla en 1989 por Francesco Rosi. Fue condecorada en abril de 2010 con la Legión de Honor. (*N. del T.*)

a un personaje fuera de serie, de aquella estirpe rara y molesta que lleva en la frente la marca del porvenir.

No es que no se haga en absoluto justicia a aquel desconocido de ayer, pero tal vez, advirtiendo el carácter singular de lo que es y de lo que ha escrito, se puede tener la impresión de que es necesario «clasificarlo», sin duda para hacerlo menos peligroso, de un peligro difícil de delimitar, para que pueda encontrar su lugar en una categoría ya conocida de éxitos literarios. Y aquí les ruego que sientan la irritación que experimento yo en cierto modo cuando se recibe al autor de *Pasado compuesto* como a alguien que pronto deberá encontrar su nicho, mientras que escritores que le llevan veinte años de experiencia todavía están buscando de qué lado posar en la foto para que sus libros tengan éxito. Sin embargo —incluso si caen aquí y allá en unos contagiosos lugares comunes—, tenemos que estar agradecidos a André Billy en el caso de *Les résidences* y a Kléber Haedens en el caso de *Pasado*, por haberse quitado el sombrero frente a ese desconocido llamado Banier en sus dos primeros pasos. Aunque el placer que yo me he llevado de ello no sea del mismo tipo que el suyo. Y vayamos con cuidado a la hora de juzgar sus

libros según su aspecto y su aire de juventud (que fácilmente se le puede reprochar a alguien cuando uno lo ha perdido hace una eternidad); sin duda, lo esencial no consiste en situar junto a tal o cual escritor que algún día fue joven a aquel que lo es ahora, sino en leerlo o darlo a leer. Y procederé al revés: es decir, a partir del segundo libro hacia el primero. O más exactamente, de *Pasado* a *Les résidences*, rechazando desde el principio el rostro apiadado de los buenos apóstoles, siempre dispuestos a matar a su segundo hijo en honor al primero. Lo que implica formular aquí con nitidez mi postura: y mi postura es que prefiero *Pasado compuesto*; aunque haya gente a quien este segundo libro le parezca «un poco corto», reproche muy similar a aquél de parecerse demasiado a Pedro o a Pablo.

Como el autor tiene veintitrés años, se ve con buenos ojos compararlo con tal o con cual escritor, hacer su retrato, un retrato destinado a mostrar que no nos ha cogido desprevenidos. Siento decirles a esos señores de la crítica, habiendo conocido bien a Radiguet³ en sus comienzos, que Banier sólo se le parece como

3. Raymond Radiguet (1903-1923): poeta y novelista francés, autor, con diecisiete años, del célebre y polémico *El diablo en el cuerpo* (1923).

una antítesis a su término opuesto. Es el ser más loco, más generoso, más divertido que se pueda conocer; posee un talento fogoso y desordenado en la conversación; cuenta historias como nadie, y será algún día, si escribe como habla, el pintor más cruel y más alegre de su tiempo. Radiguet era un chiquillo huraño y amargo que poseía un estilo aprendido como el de un alumno aplicado, siempre buscándose maestros, de madame de Sévigné a madame de La Fayette. Algún día se verá que François-Marie, si releva a alguien, será a Benjamin Constant y a Stendhal.

Dicho esto, hablemos de su libro, y no diré «olviándolo» a él: eso es imposible. Y tal afirmación quizá excuse a aquellos cronistas sin maldad que hablan de él según dicta la moda. Todo el mundo, yo también, resume y resumirá *Pasado compuesto* más o menos de la misma manera: cuenta la historia de una chica, llamada Cécile, que se casa con un muchacho que siente más ambición por ser rico y respetado que auténtico amor por ella, François de Chevaligny; y es una prueba de gran generosidad por parte del autor haberle dado

Apadrinado por Cocteau, Picasso y Modigliani, Radiguet falleció con tan sólo veinte años a causa de una fiebre tifoidea. (N. del T.)

la mitad de su propio nombre, como si tal vez, amputándolo, quisiera describir lo que él mismo habría podido ser socialmente de no existir en él otra profundidad, una profundidad verdadera. François se casa más con la familia de los Lasserre que con su hija. Ella, sin embargo, parece enamorada de él. Como podría estarlo, al fin y al cabo, de cualquier hombre que le hiciera el amor. A decir verdad, quiere olvidar. Olvidar a su propio hermano, Olivier; su infancia; su despertar al amor; a un hermano que se mató. Olvidarlo o recordarlo mejor.

Todo el mundo, me refiero a lectores y críticos, se tranquiliza convenciéndose, y el autor tal vez haya acabado creyéndoselo también (o lo hace ver), de que ésta es una historia de incesto. Y lo cierto es que el incesto, al menos tal y como se presenta y se describe, es el incidente de una semana en el «pasado». El pasado reunido como un puzzle. ¿Irá realmente aquella pieza en la que se ve un pedazo de mar en el sitio en el que Cécile la encaja? Todo «ocurre» como si. *Ocurre* no es la palabra: más bien se dice, se cuenta. Porque este libro en tercera persona es en realidad un relato cuyo «actor» (en el sentido antiguo), Cécile, nos impone su versión, se la impone al propio autor. No sabemos nada si no es a través de ella. Y si contra viento y marea, por

lo que tengo entendido, dicho autor dio al libro este título, defendiéndolo más allá de lo que osaría un joven escritor a quien todo el mundo dice que con semejante título no se puede vender una novela (¡qué divertido!), es para subrayar que lo que aquí se cuenta es un pasado recompuesto, compuesto por Cécile, [...] cuando, en vez de salir con los suyos, prefería abandonar a su joven marido y quedarse en casa para construir (o reconstruir) mejor la imagen de Olivier, una semana en Saint-Briac, el drama de Olivier desaparecido; «para saber si el mar es indulgente y bueno»...⁴ Olivier ahogado: eso es, en el fondo, todo lo que sabemos de él... Incluso más allá de esas páginas, tampoco estoy seguro de que el presente de la novela no esté visto de la misma manera que el pasado compuesto por Cécile, quien comparte con François, más que sus celos, su vago remordimiento.

[continúa...]

4. «Para saber si el mar es indulgente y bueno»: verso de *Lesbos*, segundo poema de *Los despojos*, censurado y retirado de *Las flores del mal* de Baudelaire. (N. del T.)

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EN EL MES DE OCTUBRE DE 2010



Porque todo pasa, menos el tiempo de haber amado, de amar todavía.

LOUIS ARAGON

www.librosdelsilencio.com